

La política en la psicología

The politics in the psychology

Ángel Rodríguez Kauth¹

Universidad Nacional de San Luis, Argentina

(Recepción: Septiembre 2007 – Aceptación: Marzo 2008)

Resumen

Se realiza una descripción acerca de las “políticas en el espacio del quehacer psicológico”, como una de las formas de abordar temáticas psicopolíticas. Para ello se observan los lugares comunes con otros quehaceres profesionales, desde la mirada de la teoría del Poder, para luego caracterizar a los psicólogos por su participación -o no- en organizaciones como Colegios, Academias y Universidades. Todo esto con particular referencia a la Argentina y una breve comparación con lo que sucede en España.

Palabras Claves: Poder, Asociaciones Profesionales, Participación, Exclusión, Escuelas teóricas.

Abstract

This article describes the “politics within the profession of psychology” as a way to approach psychopolitical topics. It compares what happens in other professions, using the Theory of Power, and characterises psychologists according to whether they participate in different institutions like universities, academies etc. The article concentrates mainly on the situation in Argentina but compares it briefly with the situation in Spain.

Key words: Power, Professional Associations, Participation, Exclusion, Theoretical schools.

Introducción

Desde hace más de veinte años que dedico mis esfuerzos intelectuales –que, por cierto, no son muchos- al desarrollo de una relativamente nueva rama de la Psicología, cual es la Psicología Política. Durante aquellos años siempre entendí a la misma como la aplicación de los conocimientos psicológicos al quehacer de la práctica política y de la conducta de los políticos, o bien, a la interpretación y lectura del discurso político y de la teoría política, para lo cual he dejado de lado aquello que en algún momento se llamó la “Política de la Psicología”, como otro ámbito del trabajo psicopolítico. Sobre esta última faceta particular de la Psicología Política ya se ha explicado y explayado suficientemente el tema por diversos autores, como por ejemplo, en Montero (1987), Parísí (1999) y Rodríguez Kauth (1992, 2001), entre otros variados autores de lengua hispanohablante.

En este escrito abandonaré la tradición personal que me impuse, por una cuestión de gustos, de no incursionar por el espacio de la “política de la psicología”, pero ya con varios años encima recorridos por el quehacer psicopolítico, en la actualidad no puedo dejar de abstraerme de dedicar unos renglones a un fenómeno social relevante que hace al desarrollo de esta disciplina y que se inserta en la práctica cotidiana de los psicólogos.

Antes de abordar el tema en puridad, es preciso advertir que todas las ciencias disciplinares tienen algo que ver con lo que se podría denominar la práctica de una “política interna” a su quehacer, es decir, algo semejante al internismo dentro de las estructuras burocráticas de los partidos políticos tradicionales. Todas ellas, tanto las llamadas ciencias “duras” como las “blandas” -entre las que se

1 Correspondencia a: Angel Rodríguez Kauth. Dirección: Chacabuco 446, (5700) San Luis, Argentina. Teléfono: 02652-425346. Fax: 02652-430224. E-mail: akauth@unsl.edu.ar

incluye la Psicología como ciencia humana²- mantienen en su interior estructuras de orden político y administrativo. Por lo tanto, la descripción que intentamos realizar es válida para la que nos interesa en este escrito, es decir, el de la Psicología.

El Poder

Ocurre que cualquier tipo de organización social otorga Poder³ a quienes la encabecen o la tengan a su cargo, o bien, simplemente que participen de la misma de una manera regular. El Poder, ya se sabía desde la antigüedad preclásica y, con los clásicos griegos se hizo elocuente, en particular con los aportes de Aristóteles y Platón, es un objetivo buscado por la mayor parte de los individuos que participan en alguna institución social, ya se trate de gobiernos, religiosas, armadas o, como en el caso que aquí presentamos, de naturaleza meramente profesional.

Las estructuras de Poder

Las estructuras a que hacíamos referencia para los ámbitos científicos, pueden ser administrativas o académicas. Entre las primeras se cuentan los que genéricamente se conocen como los “colegios” de la profesión de que se trate, vale decir, aquellos organismos que se ocupan de la regulación de la matrícula profesional de quienes se afilien a ellos⁴ operando con un sentido corporativista, es decir, cobro de honorarios -previo el consabido descuento al profesional prestatario para los gastos de administración más un plus que pasa a engrosar las ignotas “cajas negras” del Colegio-; la organización de eventos académicos para los socios y cualquier otro tipo de prestación que a los profesionales afiliados puedan resultarles de interés y que están dentro de los intereses de los directivos de la colegiación. Tales estructuras burocráticas no son políticamente asépticas, por el contrario, en algunas oportunidades están de manera descubierta teñidas de la ideología del grupo que ganó las elecciones en tanto que, en otras oportunidades, dicha ideología se encuentra encubierta o mimetizada por un halo de “pluralismo” ideológico, aunque el mismo es posible observarlo a poco de escarbar un tanto en la composición de los miembros mayoritarios de la estructura y, sobre todo, si se atiende al tipo de intereses que representan a partir de las acciones que llevan adelante. Sin dudas que la administración y gerenciamiento de los dineros de los profesionales ofrece poderío a quienes detentan tal posición social, ya que se hacen acreedores de lo que en jerga de cualquier actividad se conoce como “favores” y que no son otra cosa más que una forma disimulada de corrupción (Rodríguez Kauth, 1999) en favor de aquellos que les han prestado oportunamente su favor electoral, a la par que a veces suelen venir acompañadas de persecuciones encubiertas para con aquellos afiliados que se encuentran militando en la oposición; aunque esto último no siempre es condición necesaria que aparezca de tal forma. Vale decir, la administración de estas organizaciones sociales profesionales representa, en pequeña escala, a la tradicional forma de administración de los Estados nacionales.

A su vez, los Colegios profesionales tienen la potestad de administrar los tribunales de ética de la profesión en cuestión, lo cual los convierte en una suerte de magistratura paralela a la Justicia común. Aunque, preciso es señalarlo, cualquier decisión que tal Tribunal tome respecto a la conducta de un profesional, puede ser recurrida ante los fueros de la Justicia Ordinaria, ya que ello es una garantía constitucional de que gozan todos los ciudadanos de cualquier país medianamente democrático en su organización jurídica, tanto civil como penal.

La segunda forma en que se representa el poderío institucional de los profesionales es a través de las academias y organizaciones científicas que los agrupan, las que suelen estar más allá de las

2 Como si las ciencias “duras” no tuviesen que ver con lo humano, de manera directa, por ejemplo la biología, o de modo indirecto, como por ejemplo la geología.

3 Entendido éste como la capacidad que se tiene de hacer que alguien haga algo merced a la intervención de quien goza de poderío y sin cuya intervención no lo hubiese realizado.

4 Existen profesiones en que el simple título universitario no habilita para el ejercicio, por ejemplo, como son la medicina y la abogacía.

prácticas meramente profesionales de sus miembros y que por su carácter gozan de mayor prestigio social. También en estas instituciones juega un papel clave -ciertamente oculto- el dinero que pagan los profesionales por pertenecer a dichas instituciones, el cual no solamente es utilizado con fines del desarrollo disciplinario, sino que facilita -y hasta mantiene profesionalmente con una suerte de “lucro cesante” que se les reconoce a quienes se ocupan de conducir y administrar esos menesteres- el crecimiento en el ámbito de que se trate de sus directivos elegidos por los asociados. Más, quizás en este caso, lo pecuniario quede relegado a un lugar posterior en las apetencias de los dirigentes⁵, sino que lo que atrae en estos cargos de conducción científica o académica es la posibilidad de tener Poder sobre el resto de los colegas que están por debajo en la escala jerárquica.

En este punto juega un papel destacable la organización de congresos, simposios, mesas redondas, conferencias, etc.; actividades todas ellas que son de utilidad a quienes conducen los destinos institucionales de “la ciencia institucionalizada”, ya que en la organización de cualquier evento tienen la posibilidad de nombrar “amigos”⁶ para el desarrollo de determinados temas que son de interés de aquellos. Estos son “favores” que el beneficiario está obligado a devolver en cuanto se le presente la oportunidad, ya que el “quid pro quo” sirve tanto a los que están ubicados en el vértice como en la base de la pirámide de estratificación profesional.

Caracterización de los profesionales psicólogos

En general, dentro del ámbito del quehacer de los psicólogos, suelen darse tres tipos más o menos definidos de tales en cuanto a su participación o no en los organismos citados. Ellos son, sintetizando:

a) los que no pueden dejar de participar debido a que observan que su presencia en aquellos grupos u organizaciones es vital para su crecimiento y desarrollo académico y/o profesional;

b) los que no participan porque entienden que su crecimiento y desarrollo está solamente en función directa de sus capacidades y a la vez les desagradan los manejos con que se actúa en las organizaciones mencionadas; y

c) los que hacen una suerte de mixtura, ya que participan solamente de lo que les interesa directamente para aprender y simultáneamente para difundir sus hallazgos entre quienes les interesen los mismos.

Los primeros, son denominados comúnmente como expertos en “relaciones públicas”. Como no podía ser de otra forma, entre los psicólogos dichos personajes suelen pelearse de manera virtual -y hasta real- por los espacios de poder. Así es que estos personajes pululan por cuanto asociación u organización se haya creado. Son los especialistas en construir organizaciones “paralelas” en cuanto han sido desplazados de la conducción de alguna de ellas. En esto de salir de las estructuras consolidadas, los psicoanalistas son los que se ganan las palmas de oro, ya que en cuanto quedan marginados, aunque más no sea temporariamente de alguna institución de pertenencia y/o referencia, inmediatamente levantan una carpa propia rodeados y apoyados por un conjunto de fieles y consecuentes discípulos (Rodríguez Kauth, 2001b) que, haciendo homenaje a la etimología del vocablo discípulo, reverencian hasta el hartazgo a su “maestro” que muy bien los ha disciplinado en el arte de la obsecuencia y la adulación.

Pero cuidado, esta no es una observación crítica que está dirigida solamente hacia los psicoanalistas, también hacen lo propio los psicólogos de otras corrientes psicológicas aunque, esto vale especialmente para la Argentina, dada la poca relevancia numérica de cualquiera de las otras “escuelas”, la más mínima escisión excluye al escindido de la posibilidad de participar del poder o de generar poderío propio.

5 Aunque es poco conocido el caso de un psicólogo que haciendo las veces de “promotor” de un Congreso de la Sociedad Interamericana de Psicología, aprovechó la promoción de uno de ellos en la costa del Pacífico -que le había tocado en suerte a la hora del reparto- para hacer su “luna de miel”.

6 La antigua institución del “amiguismo” de la política vernácula latinoamericana, que en el caso que nos ocupa también tiene presencia internacional.

Decía más arriba que los personajes de esta categoría se trataban de expertos en “relaciones públicas” y creo no equivocarme al respecto. Ellos conocen todos los resortes que les abren las puertas para obtener subsidios y apoyos financieros para sus proyectos de investigación y equipamiento, pero especialmente para asistir a congresos y eventos semejantes en los lugares más remotos del planeta; como así también lograr lauros honoríficos por publicaciones que dirigen y que aparecen solamente muy de vez en cuando -esto, obviamente con la complicidad extrema de quienes a su vez dirigen los organismos encargados de otorgar tales distinciones que también participan de la anticipación (McClelland, 1961) de un posible quid pro quo que en algún momento los beneficiará- pero que los “expertos en relaciones públicas” se encargan de presentarlas como periódicas y con continuidad efectiva.

Estos individuos son los que rápidamente se detectan debido a que “saben” como moverse -y algunos lo hacen con elegantes juegos de cintura, mientras que otros son demasiado burdos en su estrategias de movimientos- en el siempre competitivo -por lo limitadas y la carga narcisística que conllevan las posiciones de conducción- espacio del mundo “psi” para obtener lo que pretenden, más allá de sus capacidades intelectuales y de sus índices de productividad. Una forma de clasificarlos rápida y eficientemente es por la gala que despliegan en cuanto a conocimiento de nombres de colegas y hasta de sus secretos más íntimos; ésa es su especialidad, conocer “gente importante” (Magallanes, 1993), lo cual les ofrece la oportunidad de desplegar tales conocimientos para demostrar ante quienes lo rodean que es una persona “con contactos” y estos son necesarios -así al menos lo creen ellos- para desenvolverse en su quehacer académico.

Obvio que esto no descarta que dentro de esta categoría se ubiquen colegas con los méritos y talentos suficientes como para ocupar tales lugares de conducción y/o participación por demás activa y necesaria para el desarrollo de la especialidad. Uno de los argumentos preferidos para racionalizar sus conductas -excluyendo a los nombrados en último término- que son más propias de andinistas, es la de que ellos se ocupan y preocupan por el destino de sus colegas que no tienen esos altos niveles de participación política en las estructuras científicas, para lo cual no trepidan en utilizar toda clase de artilugios que en más de una oportunidad escapan a lo éticamente aceptable, como es -por ejemplo- colocar en cada lista de candidatos para futuras elecciones a colegas que les son fieles y adictos, de manera que siempre -gane quien gane- han de tener alguien de su confianza para estar cómodamente ubicados en relación con la nueva conducción. El lector con algunos años de vida profesional y científica, tendrá la suficiente capacidad como para ponerle nombres propios a cada uno de los que emplean algunas de las tácticas mencionadas y relevarme de hacerlo a mí, ya que, sin dudas, no se agotan en la breve descripción realizada en el presente escrito.

La segunda categoría mencionada puede ser descripta como la de los científicos y trabajadores del campo “psi” que están convencidos de no necesitar de tales manejos políticos espurios para desarrollar su quehacer. Por lo general han tenido alguna participación política previa en dichas organizaciones y frente a las mismas no pudieron dejar de reconocer al menos dos cosas: 1) le resta demasiado tiempo a su trabajo, ya sea en sus actividades de investigación o profesionales; y 2) se han agotado sus energías de tener que luchar constantemente con los que fueron incluidos en la categoría anterior. Solamente forman parte de comisiones especiales -generalmente evaluadoras- a solicitud de organismos oficiales y asumen tal actividad bajo el concepto genérico de “carga pública”, entendiendo que no solamente han sido honrados con el nombramiento, sino que tienen los méritos suficientes como para ocupar tales posiciones transitorias. No es extraño que al finalizar sus tareas esporádicas hayan obtenido como resultado -no deseado, aunque sospechado previamente- el enojo de aquellos colegas que se consideran “mal” evaluados y que, además de hablar pestes de ellos acusándolos de arbitrarios en los corrillos del ámbito “psi”, permanecen rumiando la posibilidad de tomarse venganza por el daño infligido, en cuanto se les presente la oportunidad de hacerlo.

Los participantes de esta categoría no necesitan, para ser reconocidos como auténticos talentos por sus colegas, de estrategias políticas espurias, sino que se bastan a sí mismos para ser reconocidos como tales y, si así no lo fueran por parte de los colegas, mayormente no les interesa ni les afecta. Su objetivo está cumplido por el sólo hecho de haber ofrecido sus contribuciones al desarrollo de la disciplina. Son los que prefieren la opacidad del trabajo silencioso en su gabinete o laboratorio a la

parafernalia de las luces de colores que implican viajes y comidas bien servidas y mejor regadas, los que se hacen por diferentes partes de su país y del mundo. Obvio que aquí también el lector deberá eximirme de colocar nombres propios, ya que él ha de conocer algunos colegas que se incluyen en la categoría en cuestión.

La tercera categoría citada es, quizás, la más populosa -aunque la menos conocida- entre los colegas del espacio psicológico. Solamente aceptan participar en aquellas actividades que realmente les resultan interesantes y útiles para ampliar sus conocimientos, como asimismo para difundir sus hallazgos. No se trata de personajes habitués de cuanta reunión científica se realiza -como ocurre con los de la primera categoría- sino que asisten únicamente a las de su especialidad. Suelen sentirse cómodos de la manera en que desarrollan su quehacer, las pocas reuniones a las que asisten anualmente les sirven no sólo como un mecanismo de intercambio de ideas y conocimientos, sino que también las aprovechan para departir cordialmente con amigos y darse el lujo de despreciar a sus enemigos -que todos los tenemos, ya que no se puede tener amigos sin existir las enemistades, se trata de un elemento en la relación de un par dialéctico necesario- y no se prestan a los juegos serviles a que son convocados por los miembros de la primera categoría. El Poder no les interesa ni les atrae como tal con aquellos símbolos que lo rodean en una suerte de parafernalia escatológica, sino que solamente les importa saber que son reconocidos por el resto de sus colegas en la actividad que desempeñan.

En los espacios universitarios

El quehacer en los recoletos ámbitos universitarios presenta semejanzas notables con el anterior. Una de las diferencias estriba en que el poderío aquí se traduce en dineros -mayores salarios y viáticos por los cargos jerárquicos que se ocupan en la conducción de las “altas casas de estudio”- que ingresan directamente a las faltriqueras de los competidores por dichas posiciones. Asimismo, existe en aquellos espacios la misma posibilidad de repartir “favores” entre el séquito que lo acompaña -o acompañó- con su voto para lograr el cargo de conducción⁷, a más de conseguir nuevos votantes con el reparto de cargos de mayor jerarquía y, sobre todo, de dedicación a la docencia.

Las estrategias a que se recurre para triunfar suelen ser de las más variadas, aunque por lo general se apoyan en la demagogia supina y en los aparatos de las estructuras políticas partidarias. Esto último es un fenómeno relativamente original dentro de la política universitaria argentina, ya que hasta el segundo lustro de los años ‘80 solamente se la puede reconocer durante las épocas de gobierno con signo peronista, lo que ocurrió primero entre 1946 y 1955 y, más tarde, durante el breve período que fue entre 1973 y 1976 (Falcon, 2001). Obvio es señalar que durante los períodos de dictaduras solamente accedían o continuaban en la docencia universitaria los “amigos” del régimen o los dóciles que se mantenían como por algo así como la inercia que sostiene a los que no están jugados en algún lado.

También en estos espacios es posible observar a los psicólogos jugando sus internas según sean no solamente sus afinidades ideológicas políticas, sino básicamente con relación a sus intereses corporativos de “escuelas” psicológicas de las que participan. De tal suerte, cualquier observador podrá darse cuenta que existen universidades con clara orientación psicoanalítica -ya sea freudiana, lacanianiana o desprendimientos de aquellas- mientras que en otras universidades prima la orientación cognitiva conductual. Lo curioso y preocupante de esto, que no es algo que escape a las leyes generales de que se procura facilitar el acceso de aquellos colegas que se encuentran profesional e ideológicamente más cerca de los criterios de quienes detentan temporalmente la autoridad, es que en más oportunidades de las esperables se les niega a los alumnos la posibilidad de acceder a conocimientos que corresponden a otra “escuela” considerada como “rival”, como si ésta no existiera. Si de algo nos sirve para consolarnos a los argentinos de esta situación nefanda, es que por ejemplo en España ocurre algo semejante, aunque corregido y aumentado. Concretamente, en

⁷ Curiosamente, en las universidades nacionales argentinas no son precisamente los más brillantes y talentosos colegas los que ocupan tales posiciones en las Casas donde se desarrollan los conocimientos psicológicos.

las universidades de más prestigio de la Península, quien sea psicoanalista o exprese una simpatía por el psicoanálisis, verá coartada su posibilidad de acceso a los claustros universitarios como docente. Y, lo curioso del caso, es que los alumnos -me refiero a los de doctorado- reclaman a gritos -aunque sin poner mucho énfasis en los mismos- que se les enseñe psicoanálisis en los claustros. Pero sistemáticamente se les niega tal posibilidad, desvirtuándose con ello el sentido de universidades que supone el espacio para la relación dialéctica entre enseñanza y aprendizaje de una Universidad pública y que pretende ser pluralista en sus declaraciones de principios, pero que en los hechos ha borrado la letra impresa.

Todo lo que vengo de relatar, es una realidad incuestionable y comprobable. Sin dudas que más de un colega se verá ofendido por mis dichos en este escrito, pero como no pertenezco a ninguna “escuela” psicológica ni a cofradía de naturaleza alguna, me puedo permitir el lujo de expresar algunas de las formas en que se testimonia la “política de la psicología”. Para finalizar, nada mejor que hacer mías unas palabras del Premio Príncipe de Asturias de las Letras 1999, el escritor alemán Günter Grass, en una entrevista concedida a la televisión de su país cuando señaló que: “*Para mí, la política es una parte sumamente importante de la realidad, ignorarla es también un acto político*”.

Referencias

- Falcon, M. & Rodríguez Kauth, A. (2001). “La Universidad pública y el Poder político en Argentina durante el Siglo XX”. *Universidades*, N° 21.
- Magallanes, L. (1993). “Aporte experimental al conocimiento psicosocial de la alienación”. *Acta Psiquiátrica y psicológica de América Latina*, 39 (3).
- McClelland, D. (1961). *The Achieving Society*. Van Nostrand: Princeton.
- Montero, M. (1987). *Psicología Política Latinoamericana*. Caracas: Panapo.
- Oblitas Guadalupe, L. & Rodríguez Kauth, A. (1999). *Psicología Política*. México: Ed. Plaza y Valdés.
- Parisi, E. R. (1999). “Psicología Política Latinoamericana”. *Psicología Iberoamericana*, 7 (3).
- Rodríguez Kauth, A. (1992). *Psicología Social, Psicología Política y Derechos Humanos*. Buenos Aires: Ed. Universitaria San Luis y Topía.
- Rodríguez Kauth, A. (1999). “La corrupción y la impunidad, leídas desde la Psicología Política”. En L. Oblitas Guadalupe, L. & A. Rodríguez Kauth. *Psicología Política*. México: Ed. Plaza y Valdés.
- Rodríguez Kauth, A. (2001). *Vida Cotidiana: psiquismo, sociedad y política (algo de psicología social y política)*. Santiago de Compostela: Tórculo Edicións.
- Rodríguez Kauth, A. (2001b). “¿Quiénes son discípulos?”. *La Ciencia y el Hombre*, XIV (1).